

desvelos á conservar en toda su pureza la Religion y la ley santa del Señor; á arrancar de su suelo hasta la última raíz de la impiedad; á desterrar esas armas morales que ocasionan mas estragos que las físicas; esos escritos que difunden á todas partes el gérmen de la incredulidad. Levantaré mi voz y clamaré con todas mis fuerzas, que el freno solo de la Religion es capaz de contener al incrédulo en los límites de su deber. Repetiré á cada paso que sin Religion de poco ó nada sirven las leyes, los tribunales, los castigos, las recompensas; y que por el contrario, la Religion pura y verdadera, dominando en el corazon del legislador, del magistrado, del juez, del sacerdote, del militar y del pueblo, asegura la comun prosperidad. Ardua es la consecucion de mis deseos, lo confieso; pero uniendo nuestros votos, y clamando al Señor para que asista en sus disposiciones á los que nos gobiernan, con el espíritu de su sabiduría, rectitud y justicia, diciendo: *Deus, judicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis*, seguros debemos estar de que se establecerá el orden, se consolidará la tranquilidad, será verdadera la libertad de que disfrutemos; esta nacion será admirada de las otras por su catolicismo, temida por su poder, amada por su integridad; finalmente los magistrados por su celo y piedad, los súbditos por su obediencia y fidelidad, y todos por nuestra fe y Religion viviremos contentos en esta vida y seremos felices en la otra. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS ILUSIONES DEL AMOR PROPIO.

PARA LA QUINTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE BOCANEGRA.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?... Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?... ¿No decimos nosotros bien que eres un samaritano y que tienes demonio?

S. Juan, c. 8. v. 46 y 48.

¡Qué antiguo es en el mundo no creer la verdad, despreciar la verdad, no estimar como se debe la verdad! Pero en un mundo, en que está tan entronizada la mentira, ¿qué mucho es que así suceda? Porque ¿cuándo agradó la luz á quien tiene lastimada la vista? No obstante, aunque la mentira reine tanto en el día de hoy, vemos por experiencia que el vestido con que procura cubrirse, es el de la verdad. Ningun mentiroso ó engañador quiere parecer en público con su propia ropa; y aunque profese el engaño y la falsedad, siempre aspira á lo ménos á una apariencia de razon, con la cual intenta cubrir su vergonzosa desnudez. En las mismas cláusulas de nuestro Evangelio tenemos esto bien claro. Ved con qué imperio, con qué satisfaccion y con qué tono de autoridad hablaban los enemigos de Cristo. Quien los oyese, no diria sino que ellos eran los perfectos, y Cristo el defectuoso; ellos los justos, y Cristo el injusto; ellos los veraces, y Cristo el falaz. Á una proposicion tan comedida como la que habéis oído en las palabras de mi tema; á una reconvencion tan justa como la que se contiene en esta expre-

sion, *si os digo la verdad, por qué no me creéis?* la respuesta única que dan, como tambien habéis oído, es, *¿no decimos nosotros bien que eres un samaritano, y que estás poseído del demonio?* De manera que en el juicio de estos hombres presuntuosos y grosesos Cristo tenia el diablo, y ellos estaban poseídos del Espíritu santo; Cristo vivia entre tinieblas, y ellos entre luces; Cristo era dirigido por el espíritu de mentira y de seducción, y á ellos los gobernaba el de rectitud y de verdad.

Decídmelo, amados míos, ¿podrá darse mayor ficción que la que hizo aquí el amor propio? ¿Juzgar á Cristo con el espíritu de los fariseos, y estos juzgarse con el espíritu de Cristo? ¡Pues ojalá hubiese sucedido esto una sola vez! Pero no es solo de aquella edad, ni de aquellas circunstancias el tenerse los fariseos por Cristos, y tener á los Cristos por fariseos: no fué solo en aquella coyuntura cuando la mentira presumió de verdad, y esta quedó abandonada ó despreciada como mentira. Desengañémonos, amados oyentes, que cuando por nuestra desgracia reina en nosotros alguna pasión, aunque la verdad se presente con todos los coloridos con que la pintaba Cristo, nuestro corazón apasionado hallará medios para desfigurarla ó despinarla, y hará que la mentira aparezca con traje y facciones de verdad. ¿Cuántas verdades clarísimas é inconcusas no burlamos con nuestras mentiras? ¿cuántas mentiras evidentes y claras no vendemos ó pretendemos vender por verdades? El amor propio nos fascina á todos; y cuando él domina nuestro juicio, ó se apodera de nuestras conciencias, con la mayor facilidad nos persuadimos á que lo falso es verdadero y lo verdadero falso. Creemos que decimos bien, *benè dicimus nos*, como decían los fariseos, cuando formamos un juicio semejante al suyo; y con una opinión errada sentamos á la falsedad en el mismo trono de la verdad.

Así nos persuadimos tan fácilmente á que es lícito lo que es ilícito; á que es diestro lo que es siniestro; á que es virtuoso lo que es vicioso. ¡Cuánto hay de esto en el mundo, amados míos! ¡Cuántos hacen traición á la verdad, por dejarse vencer de una apariencia de razón! ¡cuántos abandonan la mas sana y pura doctrina que Cristo nos predica, por seguir y dejarse engañar de las ilusiones de una falsa conciencia! Á vista pues de este tan universal desorden, no será muy importuno el preveniros contra este daño, haciéndoos presentes sus consecuen-

cias, para el remedio. Y así el asunto que elijo, como mas conforme al Evangelio de hoy, y como mas adecuado á la ley santa que profesáis, es lo primero, cuán fácilmente desconoce á la verdad una falsa conciencia; y lo segundo, con qué rigor se venga la verdad de la conciencia que voluntariamente la olvida. Dos puntos que dividirán cómodamente mi oración, y que procuraré producir lo mas brevemente que pueda, si me asiste para ello el auxilio de María. Ayudádmelo á alcanzar esta gracia, diciendo todos conmigo la salutación angélica. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

No hay duda que la luz de la razón nos propone fielmente la verdad, y que si esta se mira con un ojo puro y sencillo, aparece á nuestro entendimiento como ella es. Pero si la miramos con ojo torcido y teñido de pasión, aquella tintura ó vicio la desfigura de manera que en vez de parecer verdad, parece falsedad. Sucede en estas funciones de los ojos del espíritu lo mismo que acontece en las de los ojos del cuerpo. Si vemos un objeto hermoso por medio de un cristal limpio y puro, el tal objeto se nos representará con toda su belleza: si es blanco, se nos representará blanco; si es rojo, se nos representará rojo; y lo mismo digo de los demás colores. Pero si el cristal que se interpone, está alterado con alguna extraña tintura, el objeto no aparecerá como él es en sí; sino del mismo color de que está teñido el cristal. Ved aquí un símil muy propio, ó un espejo clarísimo de lo que sucede á nuestra conciencia, cuando está tinturada de algun mal afecto. Ella es sin duda el ojo ó los ojos con que miramos la verdad: si el cristal de estos ojos está teñido de alguna pasión, la verdad se altera en ellos considerablemente, y se nos propone con tales colores, que ya no parece verdad, sino una purísima falsedad.

Este es el principio, amados míos, de que veamos atropelladas las mas sagradas leyes, y que los infractores vivan con tanta quietud, juzgando, aunque con falsedad, que para ello están protegidos de la razón. El amor propio sabe hacer sus escenas y representarnos la verdad segun su capricho, manejando las leyes segun conviene á su interés. Los textos de Escritura mas claros, las razones mas poderosas, los preceptos mas inconcu-

sos (aún aquellos de los que dice David (1) que *iluminan nuestra vista con sus reflejos*) parecen una bagatela despreciable, una fruslería sin sustancia, como haya un sofisma ó razoncilla que favorezca, aunque en apariencia, á nuestros propios intereses, ó á nuestros vanos deseos. ¿Qué texto mas claro que aquel en que Salomon asegura, que ninguno sabe si es digno de amor ó de odio (2); y que atendida nuestra ciencia particular, separada de toda revelacion divina, nuestro destino es incierto, y nadie puede positivamente afirmar cosa de él? Con todo eso, el heresiarca Calvino se atreve á afirmar lo contrario, y halla arbitrio para eludir este texto, diciendo que el que llega á tener fe, conoce que posee ese excelente don, y que de este conocimiento dimana una certidumbre infalible de su salud, de la cual debe el que la tiene, estar tan asegurado en su entendimiento, como lo está todo fiel cristiano de la predestinacion misma de Jesucristo. En vano le opondrás, que un san Pablo (3), aún siendo tan grande apóstol, y no reprendiéndole nada su conciencia, todavía dudaba si estaria en gracia, y si el supremo Juez le hallaria digno de pena, viendo en él alguna culpa, que él no advertia ó conocia. Aún siendo este argumento tan claro, él continuará no obstante eso en su error, y defenderá obstinadamente que al abrigo de esta fe no hay nada que temer; porque su amor propio le ha propuesto esto por una verdad muy acomodada á su libertinaje y extravagancia, convenciéndole con mil sofismas ridículos, y haciendo que tenga por razon muy fuerte lo que realmente es un sueño ó una ilusion de su falsa conciencia.

Á semejantes engaños están expuestos, amados míos, todos los que siguen sus pasiones y dan lugar á que segun ellas se interpreten las leyes. No hay abismo á que no nos pueda precipitar la pasion dominante, si con tiempo no nos prevenimos contra ella, usando de aquellas sábias precauciones, que sin cesar nos sugiere ó nos suministra nuestra razon. Esta siempre nos instruye, y cuanto es de su parte, en toda ocasion nos propone con fidelidad el verdadero bien; pero si nos dejamos teñir de la pasion loca, y permitimos que esta domine en nuestro corazon, la verdad inmediatamente desaparece y llegamos á tener por tal lo que no lo es. Esta es la raíz de los descaminos

(1) *Psalm. 18. v. 9.* (2) *Eccl. c. 9. v. 1.* (3) *I. Cor. c. 4. v. 4.*

que reinan en el mundo, porque á favor de una conciencia errada seguimos ciegamente nuestra voluntad, y elegimos sin el menor escrúpulo la senda del error, persuadiéndonos falsamente á que vamos por la de la salud. Por eso dijo san Juar Crisóstomo (1), que la apariencia del bien es mas dañosa todavía que el mismo mal. Ella es la que nos empeña en los errores mas groseros; la que nos precipita en las ilusiones mas lamentables, y en fin la que nos inspira aquel encadenamiento de obstinacion, por la cual mas queremos perder nuestra eterna salud, que confesar llanamente nuestra estolidez.

Pero qué digo confesar? La falsa conciencia, amados míos, tiene por ley la misma pasion, y nos hace persuadirnos á que obedecemos á la ley, cuando seguimos la pasion desarreglada que hemos concebido por tal. Esto hizo decir á David, hablando de esta suerte de personas, que habian pasado ó que se habian trasformado en la misma afeccion de su corazon: *Transierunt in affectum cordis* (2); es decir, que no solo se habian entregado ó abandonado, sino que habian convertido su razon y su voluntad en pasion. Esto es propiamente vivir á lo gentil, ó imitar las máximas que impugna san Cipriano en la gentilidad. Esta, para autorizar sus delitos, lo que hizo fué formarse unas divinidades viciosas, á las que consagraba como virtudes las pasiones mas brutales y desordenadas. De esta suerte el desarreglo vino á ser un objeto del culto, y el vicio un deber de la religion: *Fiunt miseris religiosa delicta* (3).

Y ¿no es esto, amados oyentes, lo que nosotros con igual razon podemos echar en cara á una infinidad de cristianos, que disgustados del yugo de la ley de Dios, queriendo arrojar de sus corazones los remordimientos que esta hace nacer en ellos, disfrazan insensiblemente sus pasiones en leyes, sus escándalos en obligaciones, sus excesos en virtudes? Y viviendo bajo este disfraz siempre tranquilos, imaginan no solo que no quebrantan la ley, sino que hacen en ello un gran servicio á Dios: *Ut arbitrentur, obsequium se præstare Deo* (4). Una induccion simple y natural os hará esto mas claro y perceptible; porque no hay estado ó condicion de gentes, en que no se forme esta con-

(1) *Joann. Chrys. in loco cit. à P. Montarg. tom. 2. discurs. 1.*

(2) *Psalm. 72. v. 7.* (3) *Cypr. Ep. 1. ad Donat.* (4) *Joann. c. 16. v. 7.*

ciencia falsa, y en que no se justifiquen con ella todos los desórdenes de nuestra voluntad. No hay estado ó condicion de gentes, que no tenga sus descaminos, sus misterios de iniquidad, sus deslices favorecidos, sus vicios familiares, sus injusticias privilegiadas. ¡Qué no vemos permitido en la espada, en la toga, en el manejo de intereses, en el comercio, y aún en la misma Iglesia!

Pero vamos á nuestra induccion. Los jueces se forman su conciencia particular; y de aquí tantas sentencias injustas, tantas violencias lastimosas, tantas interpretaciones arbitrarias. Las gentes de negocios se forman la suya; y de aquí tantas estafas delincuentes, tantos agravios, tantas ganancias, que todo el mundo les condena, y que solo su conciencia no les reprende. Lo mismo practican los grandes y potentados; y de aquí tantas tiranías y vejaciones, tantas injurias y tantas injusticias. Lo mismo las damas; y de aquí el permitirse estas tanto desorden, tanto desarreglo, tanta licencia, que aún el vulgo indulgente con dificultad les disimula, y que Dios no les disimulará cuando las juzgue. Lo mismo los sabios ó literatos; y de aquí tantas opiniones peligrosas, tantas sentencias aventuradas, que llegan hasta á hacer dudar de la misma verdad. Lo mismo últimamente los devotos; y de aquí tantos abusos, que desacreditan la virtud y que á largos pasos conducen á la ilusion. Todos estos tienen su conducta por muy recta ó conforme á la ley, y con esta falsa seguridad viven y mueren muy pacíficos, persuadiéndose á que han andado por la senda de la salud, no habiendo seguido otra que la de la ilusion y del error.

¡Ó amados míos, á qué extremos tan lastimosos nos conduce una conciencia falsa ó voluntariamente errónea! Ella nos hace formar un nuevo decálogo, un nuevo Símbolo, un nuevo Evangelio y una nueva Iglesia. Todo ello, esto es, cada cual de estas cosas no es mas que una; pero por las ilusiones de nuestro amor propio venimos á tal desgracia, que cada uno quiere un Símbolo, un decálogo, una Iglesia y un Evangelio, acomodados á su conciencia. Y lo que es todavía mucho mas de sentir, que con ser tan clara esta sinrazon y resistirla tan fuertemente la luz natural, con todo eso nos persuadimos á que obramos bien, á que pensamos bien, á que nos conducimos bien: y ved aquí, amados míos, por lo que dijo el Espíritu santo que hay un ca-

mino, el cual parece muy recto al hombre, y su término es la perdicion: *Est via, quæ videtur homini justa; novissima autem ejus deducunt ad mortem* (1).

Miéntas no se atraviesa nuestra utilidad ó nuestro gusto, dice tambien san Juan Crisóstomo (2), todo va arreglado: entónces no hay conciencia mas justa ni mas escrupulosa que la nuestra; pero cuando por desgracia se mezcla alguna de las dos cosas dichas, al instante mudamos de parecer, y ya nos dicta otra cosa nuestra conciencia. Un ejemplo familiar os hará entender mas bien esta reflexion. Ocurra un negocio en que no tengamos interes alguno: nada nos costará en ese caso el formar una conciencia recta, ni en ser regulares y aún severos en lo que mira á las obligaciones de justicia. No tratándose de nuestra utilidad propia, ó quedándose nuestro interes á un lado, las obligaciones de conciencia no nos son ya difíciles ni nos traen algun peso; ántes bien las aprobamos y nos son muy agradables: juzgamos sanamente, discurremos doctamente, hablamos elocuentemente. ¿Pero hay cuestion sobre nuestro interes? ¿se presenta una ocasion en que nuestra utilidad y esta pureza de principios no concuerden entre sí? Perdone la verdad y perdone el Evangelio, que en tal circunstancia es menester variar el juicio: nuestra utilidad muda el caso, y es preciso discurrir ya de un modo muy diverso. Entónces las luces se amortiguan, la severidad se desmiente á sí misma: ya no se miran las cosas con aquel ojo sencillo, con aquel ojo depurado que se miraban ántes. Nuestro interes ha trocado la escena; y aquellas opiniones que ántes parecian relajadas, ya no parecen anchas: aquellas probabilidades que ántes nos parecian insufribles, ya no nos son odiosas: lo que ántes mirábamos como injusto, ya nos parece recto; ya ha mudado de faz y nos parece lleno de equidad. Y por qué motivo, amados oyentes? Porque nuestro amor propio (que para todo tiene ardid) ha teñido el cristal del alma del color mismo de su pasion, y sin pensar ha hecho doblarse la conciencia hácia el lado del interes.

Y qué diré de la moda, amados míos? Este es otro escollo de nuestras conciencias, contra el cual se estrellan lastimosamente las leyes mas justas y las verdades mas sacrosantas. ¿De qué deberes no se juzga una mujer dispensada, cuando puede de-

(1) *Prov. c. 14. v. 12.* (2) *Joann. Chryst. loc. sup. cit.*

cir : *Esa es la moda, ese es el gusto del tiempo, eso es lo que ahora se usa?* Esta sola autoridad basta para eludir todas las leyes de la Iglesia. Predique el obispo, cáñese el obispo, mátese el obispo por desterrarla, nada logrará, porque la moda es primero que todo, la moda lo vence todo, la moda se aprecia mas que todo; y así aunque el mismo oráculo de la Iglesia se empeñe en ello y fulmine á este mismo fin los decretos mas terribles, nada conseguirá su soberana potestad. Esta expresion ridícula : *todas van así, todas se visten así*, tiene mas poder para triunfar de las conciencias de las mujeres que todos los sermones de los santos Padres, y que cuantos discursos pueden producir los mas elocuentes oradores. Tambien hay en las damas su teología; pero muy acomodada al gusto, el cual defienden ellas pertinazmente contra todos los argumentos de la ley; pues como la misma experiencia nos dicta, en todas partes hay sus catedráticas ó letradas, que presumiendo grandemente de teólogas, á cualquiera se las quieren apostar, y sobre este punto de modas nuevas no reconocen superior.

¿Es posible, dicen, que todo el mundo se engaña? ¿es creíble que Dios ha de condenar á todo el mundo? *Numquid omnes perditurus est Deus?* (1) Este es, dice san Agustin, el lenguaje ordinario de los mundanos; pero lenguaje engañoso, porque la moda ó la costumbre no prescribirá jamas contra el Evangelio. Ningun incidente, ninguna corruptela, ninguna perversion, ningun uso particular ó ley general puede abolir la ley de Dios. Ningun abuso, ninguna licencia pública tiene derecho para excusar la intemperancia, para autorizar la inmodestia, para justificar la usura, para santificar la calumnia, para cohonestar la embriaguez, para indemnizar la deshonestidad, para disculpar la provocacion. El Hijo de Dios, decia Tertuliano, no se llamó jamas moda ó costumbre, sino Verdad eterna : *Christus veritatem se, non consuetudinem nuncupavit* (2). Si él hubiera dicho : *Yo soy moda, ó yo soy costumbre*, la costumbre y la moda hubieran podido prevalecer contra la ley de la verdad; pero como dijo : *Yo soy verdad*, esta debe prevalecer contra la moda y la costumbre.

No, señoras mias, no os persuadáis á que la costumbre ó la moda, tal como vosotras la suponéis, baste para excusar ni aún

(1) *August. Serm. 35. v. 5.* (2) *Tertull. de veland. virg. c. 1.*

disminuir vuestra culpa delante de Dios. Antes habéis de estar ciertas de que mas bien os aumenta la carga é irrita mas gravemente la divina ira. Fuera de que ¿será razon que porque el vicio está en crédito, la misericordia en olvido, la justicia en desprecio, la verdad en abandono; vosotras, que os queréis salvar, y que veis la costumbre insultar á la virtud, abandonéis su partido por ceder á la fuerza de la costumbre? No por cierto, señoras; ántes por el contrario os habéis de oponer con mas fuerza á este torrente; y las que no estáis todavía tocadas de la corrupcion general, habéis de cuidar ahora de vivir con mas precaucion. De otra suerte vosotras caeréis tambien en el mal, y este se hará mas incurable, dándole vosotras mas bulto con vuestra agregacion á él.

Pero, ó santo Dios! ¿cómo me temo que mis palabras han de ser del todo inútiles para el fin á que las dirijo! Porque la moda (ese grande oráculo del mundo) es tenida entre muchos cristianos en lugar de Evangelio. Este es el ancho y largo broquel de mentira, de que habla el profeta Isaías (1). La costumbre ó la moda lo dice? Esto es por lo ménos otro tanto, como si el Evangelio lo dijese. Por ejemplo, estas modas ó maneras de vestir, de presentarse, de andar, hieren la modestia y la honestidad cristiana; pero la moda es esa : y una vez que esa es la moda, ya cualquiera mujercilla tiene un salvoconducto para vestir ó andar de esta suerte, por mas que lo reclame la modestia. Así como los vestidos tienen su moda, tambien las conciencias tienen la suya; y aún podemos avanzar sin escándalo que la moda es una especie de Evangelio, mas seguido y venerado que el Evangelio mismo, pues vemos muy frecuentemente que en mil cosas delicadas y de una suma importancia, la ley de la moda es la que da la resolucion y se eleva soberanamente sobre todas las demas. Pero ¡oh y qué resultas tan infelices debéis temer, amados oyentes, de estas ilusiones voluntarias y depravadas! Nuestro amor propio triunfa ahora de la verdad con los vanos pretextos de la falsa conciencia; pero ¿dejará Dios de tomar satisfaccion de este agravio? No creáis tal. La segunda parte de este discurso os hará ver á lo que os exponéis, y cuál es la satisfaccion que Dios toma de una tan sensible provocacion.

(1) *Isai. c. 38. v. 15.*

SEGUNDA PARTE.

Habréis pensado acaso que el castigo que Dios previene para vindicar la verdad de los fraudes y ficciones del amor propio, consistirá en aquellas pérdidas y contratiempos sensibles que ordinariamente se ven en el mundo. Pues no : sabéd que es muy otra la pena con que Dios explica su ira, y que es mucho mayor de lo que vosotros podéis concebir. Pues cuál es? preguntaréis. Acaso lo tendréis por paradoja : digo que el silencio y la paciencia. Esta es, amados míos, el mayor castigo que puede tener la conciencia falsa, y el azote mas funesto de parte de Dios contra esta especie de culpa, tan ofensiva á su justicia. Cuando Dios calla, entónces es cuando prepara en secreto los mas terribles golpes de su cólera. Cuando deja de herir, es porque quiere castigar mas severamente, cubriendo su furor con un velo de aparente bondad, para que así sea mas ruidoso el estrago y sus juicios se hagan mas respetables. En esta calma silenciosa (mas temible aún que la borrasca misma) se cuenta de seguro sobre la misericordia; mas por lo mismo que la hacemos servir de capa para el pecado, lo que sucede es que en vez de acercarse, se aleja; en vez de templarse, se irrita.

No lo dudéis, pecadores : Dios trabaja en cierto modo en formar en nosotros esta falsa paz; no poniendo algun influjo que nos arroje ó precipite á ese estado infeliz, sino dejando de hacer lo que fácilmente pudiera, si efectivamente nos quisiera librar de él. Él obra y habla todavía al corazón; pero de un modo ineficaz, que no mueve con efecto al alma y la deja en su frialdad. La gracia influye seriamente en nuestro espíritu, y de hecho solicita moverlo; pero no hace ya en él aquella impresión que era menester para persuadirlo y ganarlo. ¿Por qué vemos tan frecuentemente en este gran mundo tantas gentes que no se asustan de nada, y que trayendo una vida la mas inicuá y licenciosa, guardan no obstante eso toda la paz de su corazón y toda la serenidad de su rostro? Pues es porque Dios los ha embriagado con el vino de su ira, y porque esta fatal embriaguez los tiene sumergidos en un profundo sueño : *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis* (1), que dijo Isaías.

(1) *Isai. c. 29. v. 10.*

Y qué se sigue de aquí, hermanos míos? (Este es el mas lamentable efecto de la falsa paz, y la mas terrible muestra de la cólera de nuestro Dios.) Lo que se sigue es que estas almas pacíficas, que han querido acomodar la ley á sus intereses, y hacer servir la misma verdad á sus vanos antojos por un modo para ellas imperceptible, se han conducido por sí mismas á una impenitencia final, casi irremediable. Ved aquí la prueba. Esta penitencia de qué se ha de hacer? Estas gentes no la juzgan necesaria, porque se consideran sin pecados; y por sus falsas ilusiones, las que son verdaderas culpas, las tienen por virtudes. Decid, por ejemplo, á Saúl que haga penitencia de su arrojío y de haber desobedecido á Dios, reservando la vida al rey Agag : inmediatamente dirá que ántes ha sido obediente y que ha hecho una accion de clemencia en haber perdonado á ese rey infeliz : *Implevi verbum Domini* (1). Decid á Azarías, rey de Judá, que llore su empresa sacrílega de haber usurpado el sacerdocio; escandalizando el templo y quitando el incensario de la misma mano del pontífice sumo : sin dilacion responderá, que su fin fué únicamente honrar al Señor; y este falso pretexto podrá tanto con él, que solo una lepra repentina le hará conocer su temeridad (2). Decid al rey Heródes que llore la muerte del Bautista : sin detenerse responderá, que ese fué un acto de religion, no solo meritorio, sino preciso, porque estaba empenado en él por un juramento (3). Decid á Pilátos (esto es mas que todo) que llore la muerte de Cristo : inmediatamente dirá que esta debe atribuirse á los fariseos, y que en prueba de ello él ha lavado sus manos : *Innocens ego sum à sanguine justí hujus* (4). Decid en fin á los judíos que lloren el haber entregado á su Maestro, despues de haber visto en él tanta santidad y milagros : prontamente responderán, que ese fué un acto de fina política, y que en él solamente habian mirado á conservar la nacion hebrea : *Venient romani, et tollent nostrum locum et gentem* (5).

Mas para qué buscamos ejemplos tan remotos? Decid á una infinidad de cristianos que hagan penitencia de sus excesos; que lloren el desarreglo de su vida inútil; que sientan su desórden y relajacion; que gimán el escándalo de una conducta

(1) *I. Reg. c. 15. v. 13.* (2) *II. Paral. c. 26. v. 20.* (3) *Matth. c. 14. v. 9.*
(4) *Matth. c. 27. v. 24.* (5) *Joann. c. 11. v. 48.*

tan estragada y criminal : inmediatamente darán la disculpa de que ellos se han portado en todo como gentes de honor ; que saben muy bien lo que es conciencia, y que no ignoran cómo deben formarla y salvarla. Aunque hayan azotado Cristos, aunque hayan entregado justos, aunque hayan degollado Bautistas, aunque hayan perdonado Agages, aunque hayan atropellado sacerdotes y hecho otras mil violencias semejantes á estas, todo les parece nada, y se quedan con gran serenidad. Por eso dijo un discreto que un pecador mitigado es mas difícil de convertir que un impío (1). Sí señores, no pongáis en ello dificultad : dadme un gran pecador ó un libertino ; por gran pecador ó libertino que sea, aunque exceda á un Manases ó á un Acab, si él tiene todavía algun rastro de fe ó de conciencia, aún no está el caso desesperado, aún no está esa alma perdida, aún queda recurso : algun dia despertará ese resto de fe y turbará su conciencia. Pero si ese pecador es de los de conciencia falsa, por mucho que hagamos con él, todo será inútil : aún cuando le abriésemos de par en par las puertas del infierno, su falsa conciencia vendrá inmediatamente á consolarle, y le abrirá las del cielo. Mas qué sucederá al fin ? Que cuando ese infeliz hombre llegue al término fatal de la muerte, tendrá gran satisfacción de que muere en gracia, y experimentará la desdicha de que muere en pecado mortal : él se habia prometido una corona de justicia, y no encontrará sino un eterno suplicio.

San Juan Crisóstomo advierte (2) que cuando el profeta Isaías, animado del zelo de la gloria y de los intereses de Dios, demostraba querer inclinarle á que castigase las impiedades del pueblo de Israel, no empleó para irritar su justicia otra expresion que esta : *Excæca cor populi hujus* (3) : Señor, cegád el corazon ó la conciencia de este pueblo. No le dijo : Señor, humillád este pueblo, confundid este pueblo, consternád, oprimid, arruinád este pueblo. Y por qué ? Porque todo eso y aún mucho mas que fuera dable, le parecia muy poco en comparacion de la ceguiedad de su corazon ; y así á esta lastimosa ceguiedad reduce toda la pena que correspondia á su ingratitud : *Excæca cor populi hujus*. Como si dijera : Señor, este es el modo de que os venguéis plenamente : guerras, pestes, hambres, calamidades

(1) P. Montarg. tom. 2. disc. 1. del Dicc. Apostólico.

(2) Joann. Chrys. *ibid.* (3) Isai. c. 6. v. 10.

temporales no serian otra cosa para estos rebeldes súbditos que unos semicastigos : derramad pues sobre sus conciencias ó sobre sus corazones depravados tinieblas espesas, que así la medida de vuestra indignacion será tan colmada como lo ha sido y es la de su iniquidad. ¿ Quién dudará ya á vista de esto que en el concepto del profeta Isaías la ceguiedad de la conciencia es el mas grave castigo de la culpa ?

Pues, amado auditorio, como guarda que soy y pastor, aunque indigno, de este rebaño, con un espíritu del todo opuesto al del profeta, voy á terminar este discurso, haciendo á Dios una oracion á vuestro favor, á ver si así puedo libraros de aquella lastimosa ceguiedad, que él pedia tan instantemente para su pueblo de Israel, y en que temo caigáis vosotros por otra semejante ingratitud.

Ah Señor ! por mas irritado que estéis, no ceguéis el corazon de este pueblo : no entorpezcaís, no, las conciencias de estos hijos ingratos ; ni me deis el dolor de que en algun dia, por el abuso que hagan ahora de vuestra palabra y de mi ministerio, haya yo de servir aunque á pesar mio, á la consumacion de su pecado y á las tristes resultas de su ceguiedad. Descargád sobre todo lo demas vuestra ira ; pero reservád sus conciencias. Sus bienes y sus fortunas desde luego están en vuestras manos ; pero no los privéis de aquellas luces que deben alumbrarlos y guiarlos en el camino de la virtud. Humilládlos, mortificádlos, empobrecédlos ; y aún, si es menester, aniquiládlos segun el mundo ; pero, Señor, no apaguéis en ellos este rayo de luz que les queda, para que por él sean conducidos á su último fin. Á cualquier otro castigo que os agrade, se someterán muy de voluntad ; pero no los pongáis á una prueba tan difícil, como privarlos del conocimiento de sus deberes y de aquella vista sana con que deben mirar sus obligaciones. Eso seria, Señor, declararlos ya réprobos, y yo los quiero á todos predestinados. Para esto, Señor mio, usád con ellos de toda vuestra misericordia, y dadles la luz que necesitan para andar por la senda derecha de la perfeccion y de la verdad. Hacéd que á esta la conozan como es en sí, y que el amor propio no los engañe con sus ilusiones, haciéndoles tener por bueno lo que no lo es. De esta suerte, Señor, conocerán su culpa ; de esta suerte harán penitencia ; de esta suerte conseguirán la gracia ; y con ella lograrán despues alabaros y bendeciros por eternidades de gloria. Yo os la desco.